

---

## Septiembre en Cracovia

---

**Josep Borrell**

---

---

La Cracovia idílica de un septiembre dorado está a 70 km de Auschwitz. Fue sede del Gobierno alemán de la Polonia ocupada y es un milagro que haya sobrevivido intacta a la II guerra mundial que sí arrasó Varsovia.

No fue destruida pero sí sistemáticamente expoliada. El impresionante retablo gótico de su catedral fue desmontado y trasladado a Alemania. Como los vitrales, tapices y demás tesoros artísticos que no pudieron ser escondidos a tiempo.

El ocupante nazi suprimió todos los símbolos de la identidad política y cultural polaca. La Universidad, por supuesto, fue cerrada. Se recompensaba con comida a quien entregaba libros destinados a la hoguera. Sólo ahora el abandonado gueto empieza a renacer. Una vida artística y bohemia se abre paso entre los fantasmas de un paisaje urbano que quedó congelado con la deportación de sus habitantes.

Desde el escenario de esos acontecimientos se comprende mejor la profunda desconfianza de los polacos hacia sus vecinos alemanes. Un sentimiento que aflora fácilmente ante el proyecto de construir un *pipe line* por el fondo del Báltico para que el gas ruso llegue a Alemania sin pasar por territorio polaco.

Desde el Aula Magna de su Universidad se comprende también cuán artificioso es hablar de la “nueva” y de la “vieja” Europa. Con sus palacios, iglesias y baluartes, Cracovia podría ser perfectamente una ciudad lombarda. Los muros de su Collegium Maius son tan viejos como los de Salamanca, Bolonia, Oxford o Alcalá y forman parte de la constelación cultural que contribuyó a conformar la identidad europea.

Septiembre es también un mes importante para la historia de Polonia. Fue otro 11 de septiembre, éste de 1683, cuando el ejército polaco de Jan III Sobieski, formado en la Universidad de Cracovia, evitó que Viena fuese conquistada por los turcos después de un largo asedio.

Mis amigos polacos se complacen en preguntarse cuán diferente hubiera sido la historia de Europa, o la conflictiva relación entre el mundo cristiano-occidental y el Islam, tan de actualidad estos días, sin esa contribución a su defensa frente a la invasión otomana.

Cracovia está llena de recuerdos de dos ilustres alumnos de su Universidad: el Papa Wojtyła y Nicolás Copérnico, que revolucionó el conocimiento de nuestro universo al decir que su centro era el Sol y no la Tierra. El proceso de integración europea es también una revolución copernicana, porque ha colocado la cooperación y el derecho en el centro de las relaciones entre Estados en vez de la guerra y la violencia.

Ésta es la gran aportación de la UE a la historia humana. Y en países como Polonia se siente de una manera muy especial porque pocos pueblos han sufrido tanto como el pueblo polaco. Y pocos pueblos han superado con tanto éxito el adverso destino que parecía depararles la Historia.

Pero, pese a su indudable éxito, el proyecto europeo vive momentos de desorientación. Y en Cracovia se constata también que la crisis postreferéndum de la Constitución se está viviendo de manera diferente en los antiguos y los nuevos Estados miembros.

En la UE15 y sobre todo en algunos de los países fundadores, como Francia, la “vieja” Europa según Rumsfeld, la situación actual se vive aún bajo el efecto del shock que produjo la victoria del “no”. Ese rechazo relegaba una desconfianza hacia el proyecto europeo y la crisis de un modelo socioeconómico que contrasta con el *boom* económico y el dinamismo social que se vive en los países de la Europa Central y Oriental.

Los nuevos Estados miembros parecen querer girar cuanto antes una página que no creían necesaria escribir y relanzar Europa continuando el éxito de su ampliación al Este.

Porque se trata sin duda de un éxito que ha desmentido todas las negras profecías del populismo antieuropeo. Los agricultores polacos no sólo no se han arruinado sino que su renta media ha aumentado un 75% gracias a las subvenciones europeas. El más lento de los países del Este, Hungría, crece el doble de rápido que la zona euro.

Las opiniones públicas reflejan esta satisfacción. Pero, curiosamente, los gobiernos pro europeos que protagonizaron la adhesión han sido desalojados del poder en casi todas partes, y de manera especialmente tajante en Polonia.

En realidad, la crisis surgida tras el rechazo francés y holandés al Tratado Constitucional y prolongada por la tortuosa negociación de los presupuestos, ha sido reveladora de otras líneas de fractura que existen en el seno de la UE: relaciones trasatlánticas, modelo económico y social y la cuestión de los límites de Europa.

Sobre la primera, las divergencias parecen atenuadas desde la crisis de Iraq, pero con respecto a la segunda las diferencias persisten, y sobre la tercera son cada vez mayores.

Los pueblos al este del Oder son profundamente favorables a un fuerte vínculo con EEUU, condicionante de la política exterior y de seguridad común europea (PESC). Para los ciudadanos de estos países, EEUU y la OTAN siguen siendo los garantes de su seguridad como lo fueron de su liberación.

La segunda fractura, la del modelo económico y social, les hace aparecer como los importadores del neoliberalismo a la americana.

Pero estos países tratan de utilizar sus ventajas comparativas como lo hicimos en los 80 en España, aunque ahora pagemos esa apuesta por sectores intensivos en capital humano y con remuneraciones comparativamente bajas... pero eso es otra historia.

En realidad, las temidas deslocalizaciones apenas si son responsables de entre el 5-10% de la pérdida de empleos sufrida en Europa occidental, y sólo una pequeña parte de las mismas se ha dirigido hacia los nuevos Estados miembros.

Por eso es de lamentar el resultado de las pasadas negociaciones sobre las Perspectivas Financieras 2007-2013: en ausencia de una verdadera solidaridad europea, un Plan Marshall para el Este, los nuevos Estados miembros están jugando con sus ventajas comparativas: una mano de obra barata y muy bien cualificada, un mercado en crecimiento y una fiscalidad ventajosa para atraer las inversiones.

La tercera fractura, las futuras ampliaciones y los límites de Europa, quizás sea hoy la más difícil de gestionar.

Mientras que en París o Ámsterdam se reclama de manera firme una pausa en el proceso de ampliación, los nuevos Estados miembros son claramente partidarios de continuarlo.

Esa diferente actitud es consecuencia de la diferente historia vivida por unos y por otros en los últimos 60 años, y en particular su relación con Rusia.

Por ello, en el fondo, la nueva cuestión heliocéntrica del debate en Cracovia es si las fronteras de la UE deben ser las de la democracia en el continente o las de un proyecto geopolítico propio y diferenciado. Pero ¿cómo definir los límites de un proyecto político si no se conoce su naturaleza?

---